

12 775

13/69

DONDE MÉNOS SE PIENSA...

ZARZUELA EN UN ACTO

POR

D. JOSÉ VILLAR SANCHEZ.

MÚSICA

DE D. SILVERIO LOPEZ DE URIA.

*La primera representacion tuvo lugar en el coliseo de
S. Fernando, en Diciembre de 1869.*



SEVILLA.

1432

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lineros 2.
1869.

6/2/81

REPUBLICA DE CHILE

D. JOSE VILLAS SANCHEZ.

DE D. ALFREDO FORTES DE LAZAR

El presente es un documento que contiene los datos de la vida y obra de D. Jose Villas Sanchez, autor de la obra "El arte de la guerra" de Sun Tzu.

1900

SEÑAL

En la ciudad de Santiago, Chile, a los 15 dias del mes de Mayo de 1900.

1900

12



LU7-5945

DONDE MÉNOS SE PIENSA...

Esta obra es propiedad de su autor, quien perseguirá
ante los tribunales al que la reimprima ó represente sin
su permiso.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

99-6a

DONDE MÉNOS SE PIENSA...

ZARZUELA EN UN ACTO

POR

D. JOSÉ VILLAR SANCHEZ.

MÚSICA

DE D. SILVERIO LOPEZ DE URÍA.

*La primera representacion tuvo lugar en el coliseo de
S. Fernando, en Diciembre de 1869.*



SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lineros 2.
1869.

REPARTIMIENTO.

Personajes.

Actores.

JULIA.	SRA. D. ^a ENRIQUETA TODA.
FAUSTO.	SR. D. JULIAN GIMENO.
LUIS.	SR. D. MODESTO LANDA.
TOMASA.	SRA. D. ^a DOLORES CUSTODIO.
FEDERICO.	SR. D. FELIPE CABALLERO.
MERCEDES.	SRA. D. ^a NATALIA GONZALEZ.
ANTONIO.	SR. D. FRANCISCO PASTOR.
JOSÉ. :	SR. D. MIGUEL TORMO.

La accion pasa en Sevilla.

ACTO ÚNICO.

Sala amueblada: puerta de entrada al fondo; otra á la derecha del espectador, ventana á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ, de blusa azul y delantal, concluye de limpiar con un plumero los muebles.

José. Ea; yá todo está limpio y arreglado. Parecen las habitaciones una tacita de plata acabada de salir de manos del artista. Les digo á ustedes que unas manitas primorosas no pueden apreciarse en todo lo que valen; y si no, aquí están las mias, que, á Dios gracias, sirven lo mismo para un cocido que para un guisado. Mi señorito está loco de contento conmigo, por lo mismo que conoce el mérito de mi personita. Pues, nó que nó; un criado como yó no se encuentra así como se quiera. Por supuesto, que yo tambien debo darme por muy dichoso en servirle, porque es el jóven más amable que he visto en los dias de mi vida. Nunca repara si esta silla está bien ó mal puesta; si la comida está picante ó salada, si..... Vamos, con decir á ustedes que jamás me ha regañado, está dicho todo. Ahora le veo apurado, sin duda porque su señor tío no le envía di-

nero con la frecuencia que ántes; y una prueba de ello es el maldito sastre, que de vez en cuando viene con la dichosa cuentecita. Hoy, como es sábado, no dejará de presentarse, y..... ¡ay! si yo pudiera..... Pero más vale no pensar en ello; ya se vé, somos tan *frigiles*....

«Me gusta con las mujeres
conversar;
y despues de mis quehaceres
calcetar;

que yo soy para la casa,
bien se deja conocer,
la persona más precisa
cuando falta la mujer.

Lavar, planchar,
coser, bordar;

y si alguna vez se ofrece,
tambien me gusta bailar

La saracita (*bailando*)
y el tulipan,
que con sus vueltas

mareos dán.

La saracita

y el tulipen,

que dán mareos

con su vaiven.»

Pues, señor, hemos concluido con el plumero; ahora vamos á la cocina (*llaman*). Yá está ahí mi señorito. Voy en seguida.

ESCENA II.

JOSÉ y LUIS.

LUIS. (*Con precipitacion*). ¡José! ¡José!

José. ¡Señorito...!

LUIS. En seguida, pronto; arregla mi equipaje.

José. ¿El equipaje...?

LUIS. Sí, hombre, sí; el equipaje: ¿de qué te asombras?

JOSÉ. Señorito... yo...

LUIS. Anda, muévete; pero al vapor, ¿entiendes?

JOSÉ. Voy, señorito, voy.

ESCENA III.

LUIS.

(Sentándose.) ¡Ah! esto es horrible, es atroz. Unos nacen con estrella y otros estrellados. Por desgracia pertenezco al número de estos últimos. Fíjense ustedes que hace ya dos años que tengo concluida la carrera de abogado, y que mi señor tío y tutor D. Fausto me llama á su lado, porque dice que Sevilla, como es una ciudad tan populosa, no conviene á los jóvenes que todavía no conocen bien el mundo, por los muchos peligros que á cada paso se presentan; pero que yó, enemigo irreconciliable de la aldea, y, sobre todo, de las costumbres antiguas, y fastidiosas manías de mi tío, para evadirme del compromiso, le contesto diciendo que me he casado, y que por tanto me veo en la precision de seguir viviendo aquí. Mi tío lamenta este paso, dado sin su consentimiento, pero en cambio me envia dinero para atender á lo más preciso del casamiento. Al poco tiempo vuelvo á escribirle ofreciéndole un tierno vástago que mi cara mitad me ha regalado, y mi señor tío y tutor repite otra lamentacion acompañada de su respectiva suma en metálico, para la canastilla del niño. Yó, francamente, siento en el alma proporcionarle estos disgustos; pero como me reportan algunas cantidades que me vienen de perilla, porque me sacan de apuros, no he tenido inconveniente en ofrecerle cinco ó seis chiquillos en ménos de dos años. Y lo que no deja de llamarme la atencion, es que todavía no haya caído en la trama que le tengo urdida: pero por otra parte nada tiene de extraño si se con-

sidera que más piensa en contar sus talegas que el número de mis hijos. El diablo me tentó á fingir esta comedia, que vá á costarme más cara de lo que parece. Figúrense ustedes que ahora, cuando venía para aquí, me encuentro un amigo mio, que ayer llegó de mi pueblo, y me dá la desconsoladora noticia de que mi tío llegará hoy á Sevilla, acompañado de su hija, que la pobrecilla se ha puesto enferma, y el médico de allí dice que no acierta á curarla. El tren llega á las diez; falta un cuarto de hora...

José. *(Llamando.)* ¡José!

José. *(Dentro.)* ¡Señorito!

Luis. Aligera, hijo, aligera: ¡ay! nunca he tenido tanta sorpresa como ahora; es preciso, indispensable, mudar de habitación, á fin de que cuando llegue mi tío para proporcionarme, según habrá creído, una agradable sorpresa, se encuentre con cara de palo. Si yo encontrase un medio... Pero, cá; ántes se me ocurrían las ideas más peregrinas para salir de cualquier apuro, y ahora, por desgracia, ni una sola se me presenta. *(Medita.)* ¡Ah, qué fortuna!

ESCENA IV.

LUIS y JOSÉ.

José. *(Entrando con un saco de noche y una sombrerera.)*

¿Señorito...?

Luis. Mira, vuelve á dejar todo como estaba.

José. Pues no me dijo usted...?

Luis. Sí; pero he recibido contraórden: ven acá, José: ¿conoces á la criada de la casa de enfrente?

José. Sí, señor.

Luis. Pues bien; es preciso que vayas por ella.

José. ¿Yo?

Luis. Sí, tú ¿de qué te admiras?

José. Es que yo no sé si querrá venir.

Luis. Oblígala: ¿no eres su novio?

- JOSÉ. ¿Yo su novio? Vaya, señorito, usted se chancea.
- LUIS. Para bromitas estamos; anda, José, ve por ella, y cuenta con una buena recompensa.
- JOSÉ. ¿Y si no quiere venir?
- LUIS. Entónces busca una mujer cualquiera: pero pronto, ¿oyes? muy pronto, porque estoy comprometido, y necesito una mujer que desempeñe el papel de esposa mia.
- JOSÉ. ¿De esposa de V...?
- LUIS. Sí, hombre, de esposa mia; una mujer que finja admirablemente. Te doy de término un cuarto de hora; si pasado este tiempo te presentas sin ella, te corto una oreja ó te echo á la calle por esa ventana. Conque... al avío.
- JOSÉ. ¡Ay, Dios mio, qué apuro! yo metido á corredor de mujeres; ¡carape, carape!

ESCENA V.

LUIS.

Estoy temblando como un azogado. Cerremos la puerta por si acaso. (*Cierra la del fondo.*) Desde aquí (*abriendo la ventana*) se divisa perfectamente la vía. (*Se oye el silbido de la locomotora.*) ¡Virgen del Carmen! ya está ahí la locomotora. Pobre de mí; que voy á ser víctima de las iras, de las justas iras de mi tío: ¡ah! este es el resultado de la desobediencia á nuestros mayores; estas son las consecuencias de las impertinencias, insolencias y reticencias de las inconveniencias. Y que no tiene vuelta de hoja; conozco perfectamente el carácter de mi tío, y sé que será implacable. (*Llaman.*) ¡Cáspita! ya están ahí; ¡valedme, Cielo santo! ¡Dadme valor!

ESCENA IV.

LUIS, TOMASA y FEDERICO.

- FEDER. *(Dentro.)* ¡Luis, Luis!
- LUIS. ¡Ah, respiro! Es mi amigo Federico. *(Abre.)*
- FEDER. Muy buenos días, Luis.
- TOMASA. Adios, Luisito.
- LUIS. Sean ustedes bien venidos.
- FEDER. ¿Qué es eso...? ¡Estás pálido!
- TOMASA. ¿Le ha dado á V. algo...?
- LUIS. Gracias, señores; no es nada. Tomen ustedes asiento.
- FEDER. Nó, pues á tí te pasa algo...
- LUIS. No merece la pena.
- FEDER. Nada, chico, si verdaderamente me estimas, dime lo que te sucede. *(Se sientan.)*
- LUIS. Pero...
- TOMASA. Nada de peros; franquéese usted con nosotros.
- LUIS. Pues bien, señores: estoy comprometido; horriblemente comprometido. Yá saben ustedes que mi tío Fausto suele enviarme con frecuencia dinero para mis gastos...
- FEDER. ¡Yá! es cosa de dinero; pues, chico, lo siento mucho; yo tambien estoy apurado; vámonos, Tomasa.
- LUIS. Nó, hombre, nó; es peor que eso.
- FEDER. ¿Peor dices? No comprendo que haya cosa más atroz que no tener dinero.
- TOMASA. ¡Ay! es lo más cruel.
- LUIS. Pues la hay, señores, la hay; si ustedes me dejan concluir...
- FEDER. Continúa.
- LUIS. Como generalmente suele uno gastar más de lo que debe, tuve la maldita humorada de decirle á mi tío que me he casado, y en ménos de dos años le hice ver que mi mujer me ha regalado qué sé yó cuántos chiquillos.
- FEDER. Pero, hombre de Dios...
- LUIS. Aguarda y verás: hará cosa de media hora que me

encontré un amigo que ayer llegó del pueblo, y me dijo que mi tío llegaría hoy á Sevilla, porque su hija se ha puesto enferma; y como es natural, dentro de breves momentós le tendrémós aquí.

TOMASA. ¡Qué apuro!

LUIS. Eso mismo estoy diciendo hace una hora; ¡qué apuro! y ¿cómo salgo de este pantano?

FEDER. En verdad que la cosa es más grave de lo que yo pensaba.

LUIS. Señora, yo confío en usted.

TOMASA. ¿En mí...?

LUIS. Sí, señora, en usted: las mujeres en estos casos saben más que los hombres; cuando se encuentran en algun lance apurado, buscan unas salidas tan ingeniosas y tan...

FEDER. Efectivamente: tienes razon; y haces bien en consultar á mi Tomasa, que tiene talento para todo.

TOMASA. Pues en esta ocasion nada se me ocurre: ¡ah! sí... nó... deje usted...

LUIS. Tengo el alma en un hilo.

FEDER. Cállate: deja que mi mujer piense.

TOMASA. Sólo encuentro un medio.

LUIS. } Cuál...?

FEDER. }

TOMASA. ¿Tiene usted confianza bastante con alguna mujer, para proponerla por un momento finja ser su esposa?

LUIS. Esa es mi agonía, señora; esa es mi agonía. Carezco de suficiente intimidad para exigir un favor tan grande: pero si usted fuese tan buena, tan bondadosa, tan...

TOMASA. ¡Yo!! caballero...?

FEDER. Vamos, Luis, tú deliras.

LUIS. Por Dios, señores, no me abandonen ustedes.

TOMASA. Vámonos, Federico, vámonos á casa. Caballero, beso á usted la mano.

LUIS. Pero vea usted, señora...

FEDER. Adios, chico: que te alivies.

TOMASA. Pues no faltaba más...

ESCENA VII.

LUIS.

Pues señor, bueno está: fiese usted de amigos, y cuando sobrevenga un apuro recurra usted á ellos. Por una parte me alegro, porque si mi tío me viera con una mujer tan fea como esa, no me dejaba hueso sano. ¡Las diez! (*mirando el reloj*) nada: no hay más remedio que aguantar la paliza *ache*. Pero, señor, ¿tantas mujeres como hay en el mundo, y que ahora no aparezca ninguna? Esto es para desesperarse. (*Lllaman.*) ¡Cielos! ahora sí que es la gorda. (*Abre.*) ¡Voto al chápiro! el sastre y su mujer que vienen con la cuenta: ¡Dios me dé paciencia!

ESCENA VIII.

LUIS, MERCEDES y ANTONIO.

MERC. } Muy buenos días, Sr. D. Luis!
ANT. }
LUIS. Sean ustedes bien venidos; tengan ustedes la bondad de tomar asiento.
ANT. Muchas gracias: tenemos que irnos en seguida.
LUIS. (¡Dios te oiga!) ¿Qué prisa tienen ustedes...?
MERC. ¡Ay, sí, señor! Vamos recorriendo los marchantes que nos deben algunos picos.
LUIS. (No tienes tú mal pico).
ANT. Y como hoy es sábado...
LUIS. Ciertamente; pero ustedes me dispensarán hasta dentro de dos ó tres días, que es cabalmente el tiempo que necesito para saldar ese pequeño apunte.
ANT. ¿Y no puede usted darnos algo á cuenta?
LUIS. ¡Ah, qué idea! Sí, señor, sí; siempre que ustedes se tomen la molestia de aguardar media hora; no más que media hora; mi criado ha salido á cobrar una letra.

- MERC. Sí, señor, ¿por qué no? Nos hace tanta falta, que aguardaríamos aunque fuese hora y media.
- LUIS. Muchas gracias por el favor; pero usted, maestro, no necesita molestarse; me parece más conveniente que siga usted recorriendo los parroquianos y volver dentro de media hora por su señora, que puede quedar aquí hasta tanto que mi criado venga con el importe de la letra.
- MERC. D. Luis tiene razón: vete tú, que yo me quedo esperando.
- LUIS. Eso es; y aprovecha usted el tiempo.
- ANT. En ese caso, hasta luégo.
- LUIS. Vaya usted con Dios, maestro: tenga usted la bondad de sentarse, señora.
- MERC. Muchas gracias. (*Se sienta.*)
- LUIS. (*Cerrando la puerta.*) Lo que es ésta no se me escapa.

ESCENA IX.

MERCEDES y LUIS.

- LUIS. Doña María...
- MERC. Mercedes, para servir á usted.
- LUIS. ¡Ah! perdone usted la equivocación: ¡tengo tan mala memoria! Pues... Doña Mercedes: me han dicho que usted es modista.
- MERC. Sí, señor; y de las más acreditadas.
- LUIS. Por manera, que si yo suplicara á usted me hiciera una docenita de camisas, no tendría usted inconveniente, ¿verdad?
- MERC. Ninguno; al contrario, me favorecería usted mucho.
- LUIS. ¿De véras? Pues entónces, si á usted no la es molesto tomarme la medida...
- MERC. Á mí, ¿por qué? ¿Tiene usted ahí un hilo?
- LUIS. Voy á ver si lo encuentro: ¿sirve una cinta?
- MERC. ¡Yá lo creo! démela usted: vamos á ver, ¿cómo quiere usted el cuello?
- LUIS. Antes dígame usted cuál es la moda.

MERC. Se llevan de várias formas; de foque, descotado, largo, de punta redonda...

LUIS. ¿Cuál le gusta á usted más?

MERC. Á mí, el largo, de punta redonda.

LUIS. Bueno, bueno: pues largo.

MERC. ¿Y la pechera?

LUIS. La pechera... ¿con que la pechera, eh? yo quisiera una... de... de...

MERC. ¿De violin?

LUIS. ¡Ay, hija mia! no entiendo la música.

MERC. ¿Al minuto?

LUIS. Eso es muy ligero.

MERC. ¿De jaretita? ¿lisa?

LUIS. Lisa nó, de ningun modo.

MERC. Entónces tabla ancha, estrecha...

LUIS. Sí, sí; eso es: estrecha.

MERC. ¿Apretadita de lados?

LUIS. Indispensablemente.

MERC. Muy bien: será usted servido; los puños anchitos, con dos ojaes.

LUIS. ¡Ah! eso desde luégo.

MERC. ¡Jesus, qué cabeza la mia! yá se me olvidaba entregar á usted la cuentecita de lo atrasado.

LUIS. (Te veo.)

MERC. Tome usted.

LUIS. (*Repasando la cuenta.*) Doscientos reales justos, es lo que resto, ¿no es verdad, doña María?

MERC. Mercedes, para servir á usted.

LUIS. ¡Ah! perdone usted nuevamente la equivocacion: si usted supiera lo que me está pasando, no lo extrañaría.

MERC. Como no tengo confianza...

LUIS. Puede usted tomarla desde luégo; y en prueba de ello voy á ser franco con usted. Yo tengo un tío, de quien dependo, y todos los meses me envía una letra, para con su importe cubrir mis atenciones; pero como los jóvenes solemos gastar más de lo que se nos asigna, resulta que yo le dije á mi tío que me había casado, y que tengo algunos hijos.

- MERC. ¡Calle! yo no sabía que usted tuviese señora y niños.
- LUIS. Esa es mi pesadilla: estoy soltero, por desgracia; solamente que, para ablandar el corazón de mi tío á fin de que me enviase dinero, he fingido ese casamiento.
- MERC. ¿Y su tío de usted?
- LUIS. Entrará por esa puerta dentro de breves instantes.
- MERC. Y usted, ¿qué piensa hacer?
- LUIS. Yó, señora, ¿qué quiere usted que haga? Suplicarla de rodillas que me salve de este apuro. *(Se prosterna, dejando caer la cuenta.)*
- MERC. ¿Yó?
- LUIS. Sí, usted.
- MERC. ¿Y cómo? Pero, ¿levántese usted, D. Luis.
- LUIS. Muy fácilmente: fingiendo ser mi esposa.
- MERC. Pero yó... mi marido... ¡Jesus, qué compromiso!
- LUIS. Por eso no se apure usted: mi tío quizás no esté aquí más de un cuarto de hora, y además, que yo discurriré algun medio para que se vaya en seguida.
- MERC. Pero, D. Luis...
- LUIS. Por Dios y por María Santísima, no me abandone usted: considere usted que mi tío me molera á palos; que me privará de recursos, y que entónces no podré pagar lo que debo á usted.
- MERC. Pero, señor; ¿y los niños?
- LUIS. ¿Qué niños?
- MERC. ¿Pues no le dijo usted á su tío que tiene hijos?
- LUIS. ¡Ah, es verdad! pero eso no importa: ya lo arreglaremos.
- MERC. ¿Y si pregunta por ellos... si desea verlos?
- LUIS. Iré... al hospicio, y le traeré cuantos quiera.
- MERC. ¿Y si mi marido viene entretanto?
- LUIS. No se inquiete usted; abrirémos esta ventana; desde aquí se domina perfectamente la calle; yá vé usted que podemos divisarle... ¡cielos!!
- MERC. ¿Qué sucede?
- LUIS. Mi tío y su hija vienen hácia aquí; acérquese usted; esa pareja...
- MERC. Yá los veo.

LUIS. Yá entran; venga usted, señora: aquí, en este gabinete. (*Señalando el de la derecha.*)

MERC. ¡Dios mio, qué enredo!

LUIS. Pronto, pronto (*llaman*); yá están ahí: no salga usted sin que la llamen. Esta mujer es el ángel de mi salvacion. (*Yendo á abrir la puerta.*) Dios quiere que todo salga bien: valor y aplomo.

ESCENA X.

LUIS, FAUSTO y JULIA.

LUIS. ¡Querido tío!: ¡prima mia! (*Abrazándolos.*)

FAUSTO. ¡Eh! basta; basta de abrazos: á mí dame cuantos quieras, pero no así á mi hija.

JULIA. Mire usted, papá, que yo no me disgusto.

FAUSTO. Nada, nada: tu primo es un hombre casado.

LUIS. Yo creo que entre primos es muy natural...

FAUSTO. Al contrario; artificial: no me gusta repetir las cosas.

LUIS. Obedezco, tío.

FAUSTO. No me digas tío; llámame como cuando estabas á mi lado; tífto.

JULIA. Pero, papá, Luis ha pasado yá de aquella edad, y no es un niño.

FAUSTO. No importa: es perjudicial alterar las buenas costumbres: toma; bésame la mano si es que todavía no me has perdido el respeto. (*Sentándose.*)

LUIS. Obedezco, tífto. (Por lo que veo sigue todavía con sus fastidiosas manías.)

FAUSTO. ¿Y tu mujer?

LUIS. Mi mujer... tan buena: gracias.

FAUSTO. Si no es eso lo que te pregunto, hombre: ¿en dónde está?

LUIS. Voy á presentársela á usted.

FAUSTO. Quieto, quieto; luégo la veremos.

LUIS. Obedezco, tífto.

JULIA. ¿Y los niños?

- LUIS. (Me partió.) Los niños... de paseo.
- JULIA. ¿Pues cómo?
- LUIS. Te diré...: un amigo mío se empeñó hace un rato en llevárselos en su carruaje, y, francamente, no podía negarme.
- FAUSTO. Oye: ¿y cuántos asientos tiene ese carruaje?
- LUIS. Cuatro.
- FAUSTO. ¿Y sólo en cuatro asientos caben todos?
- LUIS. ¡Si son muy pequeñitos...!
- FAUSTO. Apuesto cinco duros y un queso de Flandes á que ván estivados como arenques.
- JULIA. ¡Angelitos!
- LUIS. No se alarmen ustedes; nada les sucederá. (¡Ay! ¡si Dios quisiera que se fueran pronto!) Ustedes se quedarán aquí, ¿no es verdad?
- FAUSTO. ¿Pues dónde estaríamos mejor? El estado de esta niña requiere sumo cuidado, y en las casas de huéspedes todo es ruido. Te advierto que mañana nos vamos, porque no he venido más que á una consulta de médicos.
- JULIA. Papá, quedémonos algunos dias más.
- LUIS. (¡Yá estoy sudando!)
- FAUSTO. No puede ser: las cosas requieren actividad: y tanto es así, que ahora mismo voy á casa del doctor Palacios, para que venga en seguida á verte. Tú, entre tanto, enséñale á Julia la casa, y, sobre todo, manda preparar nuestras habitaciones: ¿qué papelucho es este? (*Recogiendo la cuenta del sastre.*)
- LUIS. (Yá me cayó el premio gordo.)
- FAUSTO. ¡Qué barbaridad! Doscientos reales por la hechura de un gaban; pero, hombre, ¿estás en tí?
- LUIS. Estoy en el gaban, tío.
- FAUSTO. ¿Y has pagado esta cuenta?
- LUIS. ¡Ay, nó, señor! no tengo corazon para eso.
- JULIA. Papá la pagará.
- FAUSTO. Sí, sí, yo me encargo de esto.
- LUIS. Gracias, tío.
- FAUSTO. Ea, pronto vuelvo.
- JULIA. Que no se tarde usted: un beso...

ESCENA XI.

JULIA y LUIS.

- LUIS. ¿Tienes miedo de quedarte sola conmigo?
- JULIA. ¡Puede ser...!
- LUIS. ¡Hola, hola! ¿Y en qué te fundas para decirme eso?
- JULIA. Es un secreto.
- LUIS. ¡Yá! comprendo: no te merezco confianza.
- JULIA. Al contrario; cada vez más; pero...
- LUIS. Me desprecias, ¿no es verdad? sé franca al ménos.
- JULIA. ¿Yo despreciarte? ¿Yo despreciarte, cuando por tí...?
- LUIS. ¿Qué... qué...?
- JULIA. ¡Ay, no puedo, estás casado!
- LUIS. ¡Cielos! Eso quiere decir que todavía me amas; que tu corazon es mio; que no me has olvidado un solo instante.
- JULIA. Pues bien, sí, te lo confieso; pero dime, ¿por qué te has casado?
- LUIS. Qué quieres Julia: compromisos ineludibles me obligaron á ello.
- JULIA. ¡Ingrato! ¿recuerdas aquel dia que me prometiste no ser de otra, sino mio?
- LUIS. Y te lo repito ahora, Julia mia.
- JULIA. ¿Y tu esposa?
- LUIS. Mi esposa... está allá dentro.
- JULIA. No digo eso.
- LUIS. Sí, yá comprendo, lo otro; y dime, primita mia, ¿qué padecimie: to es el tuyo?
- JULIA. No quieras saberlo.
- LUIS. ¡Y aún dices que me amas!
- JULIA. ¿Puedes dudarle?
- LUIS. Cuando así te reservas de mí...
- JULIA. (¡Qué angustia!) Pues bien, escucha:
«Soñaba yó dichosa
con el más puro amor,
que franco me brindaba
tu amante corazon.

Mas desde que la ausencia
tal dicha interrumpió,
combaten á mi alma
las penas y el dolor.

LUIS. Hermosa prima mia,
del tiempo que pasó
acude á mi recuerdo
la plácida ilusion.

Tambien yó solitario,
pensando en nuestro amor,
mi ausencia maldecia
sumido en el dolor.

LOS DOS. Que cuando el alma adora
con férvida pasion,
sus sueños de ventura
los forma el puro amor.»

JULIA. ¡Qué desgraciada soy!

LUIS. No te abandones al sentimiento, Julia mia; quizás
hoy mismo devuelva la calma á tu espíritu.

JULIA. ¡Imposible, tu corazon es de otra!

LUIS. (Voy á contárselo todo; estoy decidido.) (Llaman.)
¡Cáspita! yá está ahí mi tio: ahora si que es preciso
encomendarse á San Antonio: «Si buscas milagros,
mira, muerte y horror desterrados...»

ESCENA XII.

DICHOS y TOMASA.

TOMASA. Querido Luis, dispénsame si he tardado; pero una
amiga mia me entretuvo, y no tuve más remedio
que escucharla: (he reflexionado sobre la crítica
situacion de usted y me he decidido á desempeñar
el papel que usted desea.)

LUIS. (¡Yá estoy aviado!)

JULIA. ¿Esta señora es tu esposa?

TOMASA. Servidora de usted: ¿quién es esta señorita?

LUIS. Esta señorita es mi prima Julia.

- TOMASA. Celebro mucho conocerla. (Á Luis.) (Fingiré maneras muy ordinarias para que se vaya pronto.) ¿Y cómo ha venido usted así, tan de improviso, sin advertirnos nada?
- LUIS. Te diré: viene enferma, y ha sido una cosa pensada de pronto.
- TOMASA. ¡Yá, yá! comprendo.
- JULIA. (Pero Luis, ¿es posible que hayas tenido tan mal gusto?)
- LUIS. ¿Qué quieres? los compromisos...
- TOMASA. ¿Eh? ¿qué es eso de compromisos? Cuidado, que yo no tolero frases de cierta naturaleza.
- LUIS. (¡Calle usted, por Dios, señora!)
- TOMASA. ¿Y por qué he de callar? ¿No estoy en mi casa? ¿No tengo derecho para pedir satisfacciones?
- LUIS. Si usted no se modera, señora, voy á hacer una de pópulo bárbaro.
- JULIA. ¡Ay, por Dios, Luis!
- TOMASA. ¿Estás algo tonto, marido mio? ¿qué mosca te ha picado?
- LUIS. Cuidado, señora, que no soy amigo de bromas. (Estoy en un potro.)
- JULIA. (Por Dios, Luis; no vayas á armar un escándalo; yo te lo suplico.)
- TOMASA. Señorita, siento mucho hacerla observar que me disgustan los cuchicheos; las cosas claritas, que así lo manda Dios y la Santa Madre Iglesia nos lo enseña.
- LUIS. (¡Que el demonio no te llevára!) Señora: ¿quiere usted hacer el favor de no interrumpirnos?
- TOMASA. ¡Pues buen papel he venido á representar! De ninguna manera, caballero; mientras yo esté delante, la conversacion ha de ser general; y sepa usted que yá me voy amoscando.
- LUIS. (Si de esta hecha no muero de un sofocon, merezco que me canonicen.)
- JULIA. (Dios quiera que mi padre venga pronto; estoy corrida de vergüenza.)

LUIS. Señora, vamos á darla á usted gusto: se ha empeñado usted en que no hablemos ni una palabra, y obedecemos ciegamente. (*Lllaman.*) ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (*Dando un bote en la silla.*)

JULIA. ¿Qué tienes, qué te pasa?

TOMASA. ¡Ay, Jesús! ¿qué sucede?

LUIS. Nada, no es nada: un dolor nervioso en la columna vertebral: yá pasó. (*Lllaman.*)

JULIA. Han llamado.

LUIS. (Por desgracia.) Voy, voy á abrir. («Si buscas milagros, mira, muerte y horror desterrados, miseria y demonio huidos...»)

ESCENA XIII.

DICHOS y FAUSTO.

FAUSTO. Vengo contentísimo: abrázame, hija mia; tú también sobrino.

LUIS. Basta, tío, basta, que me ahoga usted.

FAUSTO. Necesito descansar... respirar... me falta el aire. (*Se sienta y abanica con el plumero.*)

JULIA. Pero papá, ¿qué ha sucedido?

FAUSTO. ¡Ay, hija de mi alma, qué sorpresa tan agradable! ¡Ay, sobrino de mi corazon, qué felicidad tan grande!

TOMASA. ¿Con que usted es el tío de mi esposo?

FAUSTO. ¿Cómo... qué...? usted es la... la...

TOMASA. Esposa de Luis, para servir á usted.

LUIS. («El peligro se retira, los pobres van remediados...»)

JULIA. (Á *Fausto.*) ¿Ha visto usted qué vejatorio?

FAUSTO. Esta sorpresa sí que es desagradable.

TOMASA. No puede usted figurarse cuánto deseaba conocerle.

FAUSTO. Muchas gracias: (¿estará loco mi sobrino?)

LUIS. (¿Por qué diablos se le habrá ocurrido á esta harpía venir á comprometerme?) Diga usted, tío, ¿encontró usted al médico en casa?

FAUSTO. No he tenido tiempo de ir allá: la sorpresa...

TOMASA. Es muy natural: tu tío hace tanto tiempo que no te habia visto.

LUIS. ¡Calle usted, por Dios, señora!

FAUSTO. Dime, sobrino, ¿a qué hora sale el tren de la tarde?

LUIS. Á las cuatro: ¿por qué lo pregunta usted?

FAUSTO. Porque nos vamos hoy mismo.

LUIS. (Respiro.) ¡Cómo! ¿tan pronto?

FAUSTO. Cuanto más ántes, mejor.

JULIA. Sí, sí; yo tambien deseo volver al pueblo.

LUIS. Pero tío, por Dios; marcharse así tan de repente, sin consultar los médicos, sin descansar lo preciso, sin...

FAUSTO. Todo se puede arreglar perfectamente: son las once menos cuarto; ahora podemos ir á casa de Palacios para que reconozca á mi niña...

LUIS. ¡Ah! lo que es eso no lo consiento: de ninguna manera; ir á casa del médico es de malísimo tono: mi criado irá por él...

TOMASA. Pues es claro; para eso le pagamos.

FAUSTO. No le hace: de todos modos á esta niña le conviene dar un paseito.

LUIS. ¡Qué paseito ni qué ocho cuartos! ¿no ve usted que está fatigada del viaje?

TOMASA. ¡Pobrecilla! déjela usted, no vaya á empeorarse.

JULIA. Gracias, señora, me siento con fuerzas bastantes para ello: además, papá me dará el brazo.

LUIS. Se hará lo que ustedes quieran; pero al ménos que el médico te reconozca aquí: esto no podrá negárseme.

FAUSTO. Vaya, pues concedido.

LUIS. En ese caso, iré yo mismo á buscarle.

FAUSTO. No consiento, no consiento.

TOMASA. Mandarémos el criado.

LUIS. Al contrario; los criados dán el recado y se largan en seguida; como no les interesa...

JULIA. Es muy cierto.

LUIS. Presentándome yó, yá varía la cosa: el doctor Palacios es íntimo amigo mio y vendrá al instante.

FAUSTO. Pues vé por él y no te hagas esperar.
LUIS. ¡Oh! descuide usted, vuelvo en seguida. (Ahora sí que va á ser ella: por de pronto echémonos fuera.)

ESCENA XIV.

JULIA, TOMASA y FAUSTO.

TOMASA. ¿Han visto ustedes qué listo?
FAUSTO. Demasiado listo (por desgracia).
JULIA. ¿Se quieren ustedes mucho?
TOMASA. Con delirio: todavía conservo las cartas que Luis me dirigía ántes de nuestro casamiento.
FAUSTO. ¿Serán muy cariñosas, eh?
TOMASA. ¿Á ver? Ni el mismo Hércules las pondría más primorosas. (Yá verás qué pronto te despacho.)
JULIA. ¡Qué disparate tan atroz!
FAUSTO. ¿Tiene usted la bondad de decirme qué Hércules es ese?
TOMASA. Le diré á usted: Hércules fué el novio que tuvo la Araucana cuando Ciceron, que era rey de Turquía, mandó construir la ciudad de Lóndres.
JULIA. ¡Qué barbaridad!
FAUSTO. ¿Qué me cuenta usted, señora?
TOMASA. Sí, señor: ¿no ve usted que sé al dedillo toda la Historia de España?
JULIA. ¡Ave María purísima!
FAUSTO. (¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus! yá no me queda duda alguna que tanto mi sobrino como su mujer han perdido el juicio.)
TOMASA. Y aquí, donde usted me ve, soy literata.
FAUSTO. (¡No estás tú mala rata!)
JULIA. (No sé cómo me contengo.)
FAUSTO. ¡Calle! (Tomando un papel de sobre la mesa.) ¡También á mi sobrino le ha dado por la música?
TOMASA. Sí, señor: solemos cantar juntos.
FAUSTO. ¿La palinodia?
TOMASA. Nó, señor: eso está yá muy antiguo; nosotros cantamos trozos de ópera.

FAUSTO. ¡Hola, hola! (algo daría por oírte): ¡Si usted tuviese la amabilidad de cantar alguna cosita.

TOMASA. Con mucho gusto: déme usted el papel.

FAUSTO. Allá vá.

JULIA. (Estoy violenta.)

TOMASA. Cantaré esto del *Rigoletto*. (Así se irán más que de prisa.)

«Mirad la púlerita,

jóven romántica,

la de ojos célicos

llenos de amor;

su seno túrgido

late con ímpetu,

bajo el indómito

fiero dolor.

FAUSTO.

Esta tarántula

con sus chillidos

nuestros oídos

vá á desgarrar.

JULIA.

Yo estoy incómoda,

quiero marcharme,

quiero ausentarme

de este lugar.

TOMASA.

Estoy ya trémula

con tal percance,

mal de este lance

voy á escapar.

JULIA. }

FAUSTO. }

¡Já, já, já, já!

es imposible

más aguantar.»

FAUSTO. Gracias, mil gracias; canta usted divinamente.

TOMASA. No merezco tal favor: (yá Luis se tarda, y estoy temblando de miedo.)

FAUSTO. ¡Valiente lagarto!

TOMASA. ¡Y usted, no canta? (Á Fausto.)

FAUSTO. ¡Ay, nó, señora! sólo sé tocar.

TOMASA. ¡El piano?

- FAUSTO. Nó, señora; no conozco más que dos instrumentos: uno de cuerda y el otro de viento.
- TOMASA. El violin y el clarinete, ¿verdad?
- FAUSTO. Cerca le anda usted.
- JULIA. (¡Qué curiosa!)
- TOMASA. ¡Yá! el arpa y el trombon.
- FAUSTO. Tampoco son esos.
- TOMASA. No adivino...
- FAUSTO. Pues, señora, los instrumentos que yo manejo, son el fuelle y la campana.
- TOMASA. ¡Qué rareza!
- JULIA. (¡Chúpate esa!)
- TOMASA. ¡Y usted, señorita?
- FAUSTO. No ha aprendido la música: únicamente toca un poquito la guitarra.
- TOMASA. ¿De véras?
- JULIA. Aficion... y nada más. (Por Dios, papá; mire usted que no tengo humor para tocar ahora.)
- TOMASA. Pues con el permiso de ustedes voy á ver si está en aquel gabinete la guitarra de Luis.
- JULIA. Usted me dispensará, señora, pero estoy enferma, y...
- TOMASA. Nada, nó señora, que no es molestia ningunapara mí.
- JULIA. ¡Si no digo eso!
- TOMASA. ¿Qué es esto? (*Deteniéndose delante de la habitación.*) ¿Una mujer aquí?
- FAUSTO. ¿Eh?
- JULIA. ¡Ah!
- TOMASA. ¿Quién es usted? ¿Qué hace usted ahí?

ESCENA XV.

DICHOS y MERCEDES.

- MERC. Yo soy la esposa de Luis.
- FAUSTO. ¿Cómo se entiende?
- TOMASA. ¿Qué está usted diciendo?

- MERC. La verdad: ¿y usted quién es para dirigirme esas preguntas?
- TOMASA. La dueña de esta casa; la verdadera esposa de Luis; la que no consiente en manera alguna que usted se apropie un título que no la pertenece.
- JULIA. ¡Ay, papá, qué vergüenza!
- FAUSTO. Pero, señor, ¿en qué quedamos? ¿Quién es la mujer de mi sobrino?
- MERC. ¡Ah! ¿usted es el tío de mi esposo?
- FAUSTO. ¿Pues cuántas mujeres tiene ese condenado?
- TOMASA. Una no más, y esa soy yo.
- MERC. Usted es una entrometida á quien nadie conoce, y que viene á introducir el desórden en mi casa.
- TOMASA. (En buen lío me he metido.) Señora, usted me insulta.
- FAUSTO. Poco á poco, señoras mías; que nos entendamos.
- MERC. (Á Tomasa.) Salga usted de aquí.
- TOMASA. ¡Esta mujer está loca!
- MERC. La loca es usted, vieja hipócrita, que ha sorprendido la buena fé de estos señores.
- TOMASA. ¡Ay! ¡ay! á mí me vá á dar algo...
- FAUSTO. ¡Rayos y truenos! ¿Qué laberinto es este?
- JULIA. Papá, vámonos. (¡Yo estoy volada!)
- FAUSTO. Aguarda un instante, hija mia, y nos iremos al momento. Vamos á ver: ¿está usted segura (á Tomasa) de que es mujer de mi sobrino?
- TOMASA. Sí, señor.
- FAUSTO. ¿Y usted, señora?
- MERC. Yá usted lo ha oído.
- FAUSTO. Necesito que lo prueben ustedes.

(Hablando á un tiempo las dos.)

TOMASA.

MERCEDES.

Yo soy la primera que me presto á ello, y no tengo inconveniente en contarle á usted de pé á pá todo lo que usted exija, que tendré gusto en ello.

Se las daré á usted tan evidentes, que ni por un momento podrá usted dudar de la buena fé con que las presente y quedará convencido de la justicia que me asiste.

FAUSTO. ¡Chtz! ¡silencio! ¡Jesus! ¡qué orquesta! me van á volver loco. (*Lllaman.*) ¡Ah! yá está ahí ese perillan; ahora verémos quién tiene razon.

ESCENA XVI.

DICHOS y JOSÉ (vestido de mujer).

FAUSTO. ¿Qué es esto? ¿Otra mujer?

JOSÉ. Servidora de ustedes: ¿y mi marido?

FAUSTO. ¿Qué marido?

JOSÉ. ¿Acaso tengo yo más de uno? ¡vaya! tendria que ver.

TOMASA. ¡(Cómo se parece al criado de Luis!)

FAUSTO. Pero ¿cómo se llama el marido de usted?

JOSÉ. Luis para servir á usted.

FAUSTO. ¿Está usted segura?

JOSÉ. ¡Pues no sé!

FAUSTO. Pero, señor, ¿qué lío es éste? Yo estoy aturdido: ¡tres mujeres! ¡nada ménos que tres mujeres! ¡ah malvado!

MERC. (Esta cara no me es desconocida.)

JOSÉ. Oiga usted, caballero; aquí no hay más mujeres de Luis que yó: ¿estamos?

MERC. } Y yó.

TOMASA. }

JOSÉ. ¡(Carape! en buena danza me he metido: ¡ay! cómo me miran.)

FAUSTO. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus! (*Santiguándose.*)

JULIA. ¡Ay, papá, qué bochorno!

MERC. (No hay duda; es su criado.) Esta mujer es una falsaria.

TOMASA. Una solemne embustera.

JOSÉ. ¡(Ay! me conocen: el rubor me ahoga.)

«Estoy perdido,
no sé qué hacer
si aquí me llegan
á conocer.

¡Ay Dios! mis piernas
temblando están,
mientras sudores

vienen y ván.

¡Ay, Dios! si llegan
á comprender
que soy un hombre,
no una mujer.

JULIA. }
FAUSTO. }

Aquí un tiberio

vá á suceder
con este enredo
de Lucifer.

Huyamos pronto
de tal harém,
yá estoy ansiando
verme en el trén.

MERC. }
TOMASA. }

Vano es tu empeño, (Á José.)

vano tu afán;
te conocemos,
pelafustán.

MERC. }
TOMASA. }
JULIA. }
FAUSTO. }

Si así el engaño

quieres traer,
por más que digas
no puede ser.

Con esa farsa
no vienes bien,
pues te daremos
un somatén.

JOSÉ.

La saracita (*bailando.*)
y el tulipán
que con sus vueltas
mareos dán.

La saracita
y el tulipén,
que dán mareos
con su vaivén.»

- FAUSTO. ¡Esto es un infierno! Estamos en Marruecos: (*llaman*) ¿eh? ¿Otra mujer? Vámonos, Julia.
- JULIA. Sí, papá, yo no estoy bien aquí.
- TOMASA. ¿Cómo se entiende? ¿Adónde van ustedes? Nadie sale de aquí ínterin no venga mi marido.
- MERC. Yo digo lo mismo.
- JOSÉ. Quietos aquí todo el mundo. (¡Carape! yá las *tiemblas* me *piernan*.)
- FAUSTO. ¿Qué están ustedes diciendo? ¿Se pretende acaso constituirme en prision violenta?
- TOMASA. {
- MERC. { Sí, señor.
- JOSÉ. {
- FAUSTO. ¿Á mí?
- MERC. {
- TOMASA. { Sí, señor, á usted.
- JOSÉ. {
- FAUSTO. ¿Sí, eh? Pues ahora verán ustedes para qué se cria el acebuche en el monte. (*Levantando el baston.*)
- JULIA. ¡Ay, papá, por Dios!
- TOMASA. {
- MERC. { ¡Socorro, socorro!
- JOSÉ. {

ESCENA XVII.

DICHOS y LUIS: despues FEDERICO y ANTONIO.

- LUIS. ¿Qué sucede aquí?
- FAUSTO. Vén acá, infame; tú tienes la culpa de todo esto.
- LUIS. Pero, títo...
- FAUSTO. No pronuncies ese nombre, que me deshonoras: yá no te conozco; adios!
- LUIS. Pero, señor...
- TOMASA. No me dirijas la palabra; es un pecado enorme tratar con musulmanes como tú.
- LUIS. ¡Yo musulman!

- FAUSTO. ¡Qué horror! casado con un triunvirato.
- LUIS. Yá comprendo la inquietud de usted: me ha calificado usted injustamente, tío.
- TOMASA. Apártate de mi vista, prosélito de Salomón.
- JULIA. (¡Pobre de mí!)
- FEDER. (*Entrando.*) Dios guarde á ustedes: siento en el alma interrumpirles, pero estaba inquieto no sabiendo de mi mujer.
- FAUSTO. ¿De su mujer?
- LUIS. Este caballero, que es mi amigo, viene en busca de esta señora, que es su esposa.
- FEDER. Estoy á las órdenes de usted, señor mío.
- FAUSTO. ¿Estaré soñando?
- JULIA. ¿Qué líos son estos?
- LUIS. No te apures; ahora lo verás.
- ANT. (*Entrando.*) Yá me tienen ustedes de vuelta: saludo á ustedes, señores.
- LUIS. Este caballero es el esposo de esta señora.
- ANT. Antonio Ramírez, maestro sastre, para lo que usted guste *vestir*.
- FAUSTO. ¡Qué escucho! De modo que esta señora (*por José*) es tu esposa?
- LUIS. ¡Cá! nó, señor.
- JOSÉ. (Yo me ruborizo!)
- FAUSTO. Entonces...
- LUIS. Acércate (*á José*), desnúdате en seguida y preséntate á mi señor tío.
- JOSÉ. (Me dá cortedad: soy tímido.) (*Se desnuda.*)
- FAUSTO. ¡Qué veo! un hombre.
- JOSÉ. Pepito Pizpileto, criado de usted.
- JULIA. ¿Y entonces tu mujer...?
- LUIS. Perdonadme; nunca la he tenido: la falta de dinero es la que me obligó á inventar este ardid. Y á propósito, ¿tiene usted ahí doscientos reales?
- FAUSTO. Doscientos palos merecias por el rato que me has dado: ahí ván dos monedillas de diez escudos.
- JOSÉ. ¡Quién tuviera un saquito!
- LUIS. Maestro, tome usted; quedamos en paz.

MERC. Y la docenita de camisas, ¿puedo hacerlas desde luego?

LUIS. Si mi tío no lo lleva á mal...

FAUSTO. Hombre, qué modo de gastar: ¿con media docena no tienes suficiente?

LUIS. Ciertamente; ¡pero como voy á casarme!

FAUSTO. ¿Con la Giralda?

LUIS. Nó, señor: con mi linda primita.

FAUSTO. No lo consiento; está enferma, está...

JULIA. ¡Papá! si ya estoy completamente restablecida.

FAUSTO. ¿Pero... y la consulta?

LUIS. Yá no tiene efecto: Julia padecía el mal de la ausencia.

FAUSTO. Siendo así, concedido.

JULIA. Papá, díganos usted la sorpresa tan agradable que tuvo ántes.

FAUSTO. ¡Ah, es verdad! yá se me olvidaba: pues han de saber ustedes que cuando iba para casa del doctor Palacios, me detuve delante de la Administracion de loterías, y reparando la lista, ví que este billete está premiado con cincuenta mil duros, los mismos, hija mia, que destino para tu dote.

JULIA.

LUIS. } ¡Papá! ¡papá! (*abrazándolo.*)

FAUSTO. Basta, bueno; basta de caricias.

TOMASA.)

MERC.)

FEDER.)

ANT.)

JOSÉ.)

«Nosotros esperamos

de su mucha bondad
nos perdone la causa
de su incomodidad.

FAUSTO. Señores, yo no puedo
tal súplica atender,

el público es quien sólo
la puede conceder.

Todos.

Entónces te rogamos (*Al público.*)
de todo corazon,
benigno nos concedas
á todos el perdon.»

(*Cae el telon.*)

~~~~~\*~~~~~



of powder for use in  
a paper machine  
Particulars of composition of paper  
in this machine  
Composition of the paper  
in this machine

For use in